Martí, Espíritu de la Guerra

(Conferencia leída en el Lyceum de la Habana)

Despertar político

CUANDO las huestes de 1868 llevaban en triunfo la bandera de la libertad recién proclamada en el corazón de Oriente, un muchacho de aspecto triste y recogido se entregaba a graves pensamientos, mientras su maestro, que le había iniciado en el amor a la independencia de la patria, marcaba en un mapa de Cuba, abierto sobre el piano, la ruta seguida por los insurrectos y los sitios en donde iban sucediéndose sus más brillantes hazañas. Era en la casa del maestro Mendi-ve, poeta que había cantado con acento tiernísimo los humildes dones de la naturaleza y de la vida, y que había puesto también sus más viriles notas en sus cantos a la libertad.

El colegio de San Pablo es, en esos instantes, el sitio a que diariamente concurren los asiduos de las afamadas tertulias de Mendi-ve, en las que no sólo se había hecho gala de conocimientos literarios y artísticos, sino también de devoción a las ideas separatistas. Aquellos amigos que, por tantos años, se habían reunido en torno al maestro, querían ahora oír del hombre suave y generoso, que tan profundamente llegaba a las almas con su acento inspirado, no sólo las noticias que secretamente recibía del campo de la guerra, sino también las palabras de fe que alimentaban sus esperanzas.

En aquel ambiente, en que la dura realidad dejaba el sitio a la vida espiritual y los hombres se olvidaban de sus penas para crear con sus dones un mundo superior de armónica belleza, el muchacho meditativo había encontrado la propia razón de su existencia. Nada,

fuera de aquel ámbito de luz y de poesía, es grato a su sensibilidad exquisitamente predispuesta. Y, con la pasión de la belleza y de la justicia, ha sentido crecerle inmensamente la pasión de la libertad. Por eso, cuando los alumnos de la escuela vuelven a sus pasatiempos después de la diaria jornada, él se queda cerca de Mendive como un hijo más, servicial y humilde, pero más cerca aún del maestro que los mismos hijos de su sangre.

Pronto la exaltación de los espíritus se traslucirá lo suficiente como para dar lugar a las represalias. Se inician las persecuciones y los encarcelamientos. El maestro Mendive aparecerá complicado en los sucesos del teatro de Villanueva y el discípulo dará prueba pública, a su vez, de su precocidad de artista y de patriota, escribiendo un poema dramático de un claro simbolismo redentor que publica en un periódico que él mismo inscribe a su nombre, dándole el título de *La Patria Libre* y que trae la fecha del 23 de enero de 1869. Cinco días después cumplirá José Martí los diez y seis años de su edad.

Meses de vivir acosado por la desesperación y la soledad, con la pérdida de aquel centro espiritual en que se había refugiado su alma depurada, son los que se suceden desde la prisión del maestro. Sólo el consuelo de verlo y de servirlo le presta ánimos para vivir. Y cuando ocurre la deportación de Mendive su dolor se le sale del pecho en gritos angustiosos. Pronto, sin embargo, entrará él mismo en la prisión. Y entonces el sufrimiento que le rodea, y el dolor y la indignación que en sí mismo experimenta, cumplirán su obra de depuración y de transformación para ponerlo en el trance del elegido, del predestinado para cumplir una misión única, afirmada por propia decisión en lo más secreto y profundo de su ser.

La voz de la predestinación

Su tránsito por el presidio político de Cuba es la etapa decisiva que colmará para siempre ese fondo de rebeldía callada que sin cesar ha de trabajarle dentro de sí, impidiéndole olvidar la triste condición de sus hermanos. El sufrimiento propio apenas tiene instante para paladearlo, acosado por el de tantos seres infelices a su alrededor que, sufriendo como él, sufren más, porque no tienen aquel bálsamo de la reflexión que purifica y levanta el alma sobre el propio

dolor, ni aquel gozarse en el sufrimiento de quien se había elevado tanto sobre el padecer físico, que podía decir: "sufrir es más que gozar: es verdaderamente vivir."

El mitiga las penas que le rodean no sólo con palabras de consuelo, sino con abnegación de santo más que de enfermero. Resalta entre tantos sublimes momentos, aquél en que el cólera hace allí cosecha de víctimas: "Mis manos —dice— han frotado sus rígidos miembros: con mi aliento los he querido revivir; de mis brazos han salido sin conocimiento, sin vista, sin voz, pobres coléricos!" Y en su ansia de darse por entero a suavizar el ajeno sufrimiento, escribe estas palabras que denotan cuán extraterreño era aquel espíritu evangélico: "Y cuando yo sufro y no mitiga mi dolor el placer de mitigar el sufrimiento ajeno, me parece que en mundos anteriores he cometido una gran falta que en mi peregrinación desconocida por el espacio me ha tocado venir a purgar aquí."

La delectación con que acaricia las cadenas que desgarran sus carnes, el fuego con que pinta en páginas de vigor sin igual el dolor que le rodeó y que con su vida quiso suavizar, nos dan la mejor medida de su carácter levantado a tanta altura por la propia potencia espiritual. Allí se le reveló toda la fuerza interior de que era capaz. Allí se le reveló "cuánto el alma es libre en las amargas horas de la esclavitud".

Yo no encuentro páginas comparables a esas del presidio político. Son el más grande poema del sufrimiento cubano y la más firme y profética llamada a la reivindicación de un pueblo.

Quien escribe con tal acento es un ser hecho instrumento de un impulso supremo, que viene desde muy lejos y no parará hasta que cumpla la misión a que ha sido destinado. Y sin ese tránsito por aquel verdadero infierno, que él comparó con el infierno del Dante, no hubiera alcanzado su espíritu el temblor divino que le hizo encarnar aquel espíritu desconocido de que nos habla y que, según él, "vigoriza ciertas almas quizá predestinadas". El fué, sin duda, ese predestinado en quien el espíritu desconocido depositó el inextinguible eco de una voz que le dijo muy adentro que él sería el futuro redentor de Cuba.

Las ansias aún dormidas de un pueblo en el sufrimiento de la esclavitud fueron la gran revelación en los largos martirios de las canteras. Sin aquellas jornadas del diario padecer, acaso no hubiera escuchado esa voz misteriosa reveladora de toda la grandeza de su destino.

Allí sintió, una y otra vez, sublevársele la resignación y la tristeza, allí sintió que algo extraño ponía sobre su corazón su mano de hierro, y secaba en sus párpados las lágrimas y helaba las palabras en sus labios.

Yo os invito a la meditación de esas páginas imperecederas, testimonio escrito con sangre que nos dice cómo las canteras fueron el sitio en que cuajó, indestructible, el espíritu aniquilador de nuestra esclavitud. ¡Si volviéramos una y mil veces a su lectura en busca de aquella alma dulce y compasiva, que en el crisol del sufrimiento ajeno se transforma en la potencia vengadora que convertirá en luz las largas y quejumbrosas tinieblas!

España no rectifica

Pedir al gobierno de España concesiones que no podía darle a la colonia, era ingenuidad en la que Martí no habría de caer. Sabía bien que conservarla para su beneficio era su única obsesión y que para defenderla mejor apelaba desaforadamente a la exaltación de los sentimientos de honor y de integridad nacional. Por eso le dice: "Yo no os pido para mi patria concesiones que no podéis darla, porque, o no las tenéis, o si las tenéis, os espantan."

Pero el fantasma de esa integridad nacional invocada por España como santa razón de todos los crímenes políticos que en Cuba se cometían, no podría seguir paseándose por los palacios de la política española, sin mostrar las vestimentas ensangrentadas con que Martí señalaría públicamente al espanto de las conciencias honradas.

Porque eso es lo que hace como primera prueba de su decisión al llegar a España deportado: revelar al mundo el cuadro de horrores que en nombre de la integridad nacional se cometían y lanzar a la misma cara de la nación española la más viril y formidable acusación que pueda concebirse.

Los españoles honrados debieron quedar espantados y avergonzados de tanto baldón cayendo sobre ellos. Pero era necesario que lo supieran todo. Y para eso publica Martí su folleto *El presidio político en Cuba*. Y junto al cuadro escalofriante de los castigos sin cuento, el de los sacrificios de un pueblo que abandona voluntariamente la vida cómoda y segura del hogar por el riesgo de la guerra, expresión clara de su firme decisión de ser libre.

Era la invitación a las rectificaciones por el espectáculo terrible de los errores. Palpitante en su desnudez flagelada, aparecía el ansia legítima de un pueblo que no era escuchado y su voz ahogada en las gargantas agarrotadas. El profeta lanzaba su amenaza si no se oía a tiempo la llamada: "hacéis mal en negárselo todo; hacéis mal en no hacerle justicia; hacéis mal en condenar tan absolutamente a un pueblo que quiere ser libre."

Pero para Cuba no cabía esperar rectificación. Aun no bien seca la tinta con que se imprimió *El presidio político*, ocurría en la Habana el crimen pavoroso de los ocho estudiantes mártires, como para confirmar ante el mundo la triste verdad proclamada por Martí y llevar una nueva y más profunda convicción a su espíritu: "los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra."

Apostasía de la República española

Llega el instante en que un puñado de hombres, que en España decían que querían ser libres, logran realizar sus empeños. ¿Vislumbró Martí alguna esperanza cuando, el 11 de febrero de 1873, se proclamó la República española? ¿Acaso imaginó que uno de sus primeros actos, si quería ser consecuente consigo misma, sería el reconocimiento de la República cubana? No concebía sin duda que los republicanos triunfantes negaran el mismo derecho que para sí habían batallado, a los republicanos en armas de la isla distante. Qué duro golpe el que ha de recibir muy pronto, cuando Cristino Martos, uno de los republicanos más señalados, levanta el brindis por Cuba, pero no por la Cuba que en esos momentos lucha por su derecho a la libertad:

—¡Viva Cuba española!, es el brindis de Martos, Presidente de la Asamblea, y es el brindis que la Asamblea repite.

Unos días después, desde un periódico de la propia Corte, Martí ha de responder al reto:

—"Viva Cuba española", si ella quiere, y si ella quiere "¡Viva Cuba libre!"

Y en ese trabajo, que se reproduce en *La cuestión cubana* de Sevilla, y que se edita después en folleto para que recorra todos los caminos, hará evidente la incongruencia de la nueva república con

sus mismas prédicas y promesas, al negar sus derechos al pueblo cubano.

“Mi patria —dice— escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza a decir que desea firmemente su independencia. Y luchan, y mueren. Y mueren tanto los hijos de la Península como los hijos de mi patria. ¿No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?”

Pero la República española, sorda a sus mismos principios, no escuchará su voz. Naufragará, meses después, sin haber tenido la grandeza de mantenerse consecuente con las normas que había proclamado. Útil ha de ser la lección para Martí: si los republicanos españoles no sólo le habían vuelto la cara a los que defendían idénticos derechos, sino desconocido y negado los mismos principios, razón de su existencia, ¿qué camino quedaría a Cuba? Y la voz de Cuba volvió a resonar claramente en las palabras de Martí: “Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia.”

*

* *

Refugiado en Zaragoza, realiza en su vetusta universidad los estudios que considera indispensables para la verdadera carrera que ha de seguir: la carrera de hombre, libertador de hombres. Allí pasa los años tal vez más felices de su vida; allí por primera vez ama y es amado, porque fué allí, como él dice en sus versos maravillosos, “donde rompió su corola — la poca flor de mi vida”. Aprende de modo directo a conocer la diferencia entre el hombre del pueblo, natural y sencillo, que como él ama ser libre y quiere la libertad para todos, y el gobierno que tiraniza, formado por políticos ambiciosos.

Fortalece su pensamiento para la gran empresa que ha de tocarle realizar. Sabe bien que las armas del conocimiento las necesitará para defender los derechos de Cuba, y que debe templarlas allí mismo, en la fragua de sus futuros contendientes. Necesita atesorar autoridad, necesita conquistar el respeto que ha de resplandecer en los guíadores.

Y no sólo estudia para aumentar sus conocimientos, sino para fortalecer sus mismos principios guíadores, aquellos que se revelaron

con increíble firmeza en sus horas de dolor, aquellos que le inspiraron "en nombre del bien, supremo Dios; en nombre de la justicia, suprema verdad". Y por venturosa coincidencia, ninguna filosofía estuvo más cerca de la suya propia que aquella de puro contenido moral que había arraigado en los mejores espíritus españoles y que en estos momentos constituía escuela de pureza ética y de dignidad humana.

Primeras actividades conspiratorias

En Cuba la lucha se prolonga, con grandeza, pero con pocas posibilidades de triunfo. Y la razón principal de su flojedad no es que haya poca guerra, sino que la que hay, lejos de ensancharse y prosperar, sufre en sí males internos que la debilitan más que las propias contiendas con el enemigo. Las grandes desavenencias de los jefes, las interminables disputas entre la representación civil y los militares, será el mejor aliado de los españoles.

Martí, en su peregrinación por los países de nuestra América, seguirá con dolor este proceso de liquidación de un ímpetu que tuvo en sí la suficiente potencia vencedora, pero que llevaba en su entraña el germen de su misma destrucción. La guerra, sin extenderse a toda la Isla y sin crear un espíritu único que la animara, no podía vencer. Acaso si, desde el primer instante, había nacido con ese vicio de origen: el de la pugna. La guerra que habría de libertar a Cuba no podría desconocer ningún sacrificio, ni servir para que unos se alzaran con la gloria mientras otros, que habían hecho servicios iguales, si no superiores, quedaran a la zaga. La guerra futura debía intentarse con espíritu cordial y no de lucimiento, y debía contar con unanimidad suficiente para que no fuera privilegio ni excepción: debía ser el convite de todos los cubanos.

Con sus ojos vigilantes seguirá el proceso, siempre dispuesto a enfrentarse con quienes no sepan respetar el sacrificio de sus hermanos y la firme voluntad que los guiaba. Su voz de paladín se levanta airosa por sobre todas las menguadas maniobras de los enemigos de la libertad de Cuba. Y en sus escritos y en sus discursos siempre estará presente, aunque no la nombre, la patria lejana que se dibuja en el ímpetu de sus palabras y en el dejo de tristeza con

que habló de la libertad que no tenía en todos los países libres en que vivió.

La tregua del Zanjón le sorprende en Guatemala. Por una injusticia a un cubano acaba de renunciar a su cargo de profesor en la Escuela Normal. Decide volver a Cuba. ¿Cómo es posible concebir su inmediata actuación conspiradora sin creer que halló en el país una disposición y un fervor que el mismo Pacto alentaban? Los cubanos habían medido sus armas con los españoles durante diez años; no habían vencido, pero sí habían demostrado fuerza suficiente para vencer. Ordenada y dirigida, esa fuerza podría ser decisiva. Y, sin duda, lejos de hallar desaliento, Martí vió, o por lo menos creyó ver, una disposición a reanudar la lucha. Pronto estuvo en contacto con quienes se aprestaban a volver a la acción. Estuvo a su lado, en actividades secretas, Juan Gualberto Gómez. Hizo viajes por la provincia, dijo públicamente cosas tales que el Capitán General de la Isla, ya avisado de sus actividades y para convencerse por sí mismo, asiste a una de las veladas del Liceo de Guanabacoa. Se convence de inmediato, lo que le hace decir: "Quiero no recordar lo que he oído y que no concebí nunca se dijera delante de mí, representante del gobierno español. Voy a pensar que Martí es un loco... Pero un loco peligroso."

Poco después lo deportaba a España. Era su segunda deportación. Pero ahora ya el revolucionario estaba en acción.

De España se evade pronto, saliendo por Francia para dar en New York en los primeros días de enero de 1880. Allí lo recibe el Comité Revolucionario que organiza las expediciones que han de incrementar la revolución en pie. Y desde su llegada es el más afanoso de sus miembros, que ha aquilatado la gran responsabilidad de dejar sin auxilio a los que luchan. Está en constante actividad, comunicando su entusiasmo, llamando sin cesar a todas las conciencias, tocando al deber en cada corazón.

Aunque todos han oído hablar de sus actividades y de su oratoria, aún no lo han escuchado los cubanos de New York. Días después, en los salones de Steck Hall, Martí se dirigirá por primera vez a sus compatriotas de la gran ciudad. Su trabajo les presenta un amplio cuadro de las circunstancias políticas en que Cuba se ha desenvuelto, y de la posición de desdoro en que al cubano le ha tocado vivir, para señalarle después la única puerta posible que lo conduce a la dignifica-

ción de su existencia: la guerra; la guerra que es sufrimiento y martirio, pero es también libertad, porque —como dice en su discurso— “a muchas generaciones de esclavos tiene que suceder una generación de mártires”.

Martí levanta, con su palabra y con su ejemplo, los corazones: los esfuerzos crecen. En el momento oportuno, cuando la expedición del general Calixto García llega a Cuba, Martí se dirige a los cubanos:

“Con el general García han ido a Cuba la organización militar y política que nuestra patria en lucha requería: con el hombre de armas ha ido un hombre de deberes; con la espada que vence, la ley que la modera; con el triunfo que autoriza, el espíritu de la voluntad popular que enfrena al triunfador. A vencer y a constituir ha ido el caudillo, no sólo a batallar.”

Pero la Guerra Chiquita, que fué el resultado de la conspiración iniciada un año antes y en la que actuó directamente Martí, fracasa rápidamente por carencia de elementos suficientes y por falta de coordinación en la llegada de los auxilios.

Tuvo, sin embargo, la virtud de haber sido una nueva prueba de la disposición del cubano a darse cita en el campo insurrecto. Este nuevo intento, que fué como un toque de alarma, permitió probar una vez más la eficacia de un resorte supremo: el patriotismo de los cubanos.

Y para otra cosa sirvió: para demostrar la capacidad organizadora de Martí y para enseñar a todos su gran disposición al sacrificio y sus dotes insuperables de animador y verdadero conductor de los anhelos del pueblo cubano. Es de tal modo evidente que Martí se hizo encarnación del patriotismo de nuestro pueblo, que uno de los soldados más íntegros y vehementes de este movimiento, que con su actitud recuerda el gesto de Maceo en su protesta de Baraguá, el general Emilio Núñez, manteniendo el pabellón de Cuba libre en su campamento de Los Ejidos, se negaba a abandonar el campo insurrecto, permaneciendo en él solo con sus hombres durante varios meses, con grave exposición de sus vidas, si no recibía de Martí la orden de presentación. Veamos que el general Emilio Núñez es un hombre de la guerra pasada que ha alcanzado honores por sus actos heroicos y que Martí, en estos momentos, es un joven de 27 años, apenas conocido por los hombres de la guerra anterior. ¡Qué efecto produciría en el ánimo del general Emilio Núñez la sinceridad y el

acento evangélico de Martí para que de ese modo pusiera pendiente de su decisión un acto de tanta trascendencia como valentía, en el que iba el peligro de la propia vida!

Ese es el más pleno reconocimiento de la singular disposición de Martí para organizar y dirigir la guerra. Cuáles no serían su previsión, su fe, su entusiasmo, comunicados directamente a los hombres que iban a la pelea, cuando de ese modo reconocían su autoridad, entregándose a su decisión en los más graves momentos.

Y la respuesta de Martí está en verdad a la altura del gran acontecimiento. No rehuye la responsabilidad que le cabe y le aconseja al general Núñez que ahorren sus vidas, absolutamente inútiles en esos momentos para la patria, en cuyo honor se ofrecen. Y le dice palabras que dejan ver toda la pureza y verdad de su corazón: "Aconsejenle a usted otros por vanidad culpable, que se sostenga en campo de batalla al que no tenemos hoy la voluntad ni la posibilidad de enviar recursos; pretendan salvarse de la censura que por aconsejarle que se retirase del campo pudiera venirles encima: yo, que no he de hacer acto de contrición ante el gobierno español; que veré salir de mi lado, sereno, a mi mujer y a mi hijo, camino de Cuba; que me echaré por tierras nuevas o me quedaré en ésta, abrigado el pecho en el jirón último de la bandera de la honra; yo, que no he de hacer jamás ante los enemigos de nuestra patria, mérito de haber alejado del combate al último soldado, yo le aconsejo, como revolucionario y como hombre que admira y envidia su energía, y como cariñoso amigo, que no permanezca inútilmente en un campo de batalla al que aquellos a quienes usted hoy defiende son impotentes para hacer llegar a usted auxilios."

En esa carta, que revela la integridad y firmeza moral de Martí, está su pensamiento sobre la que ha de ser la guerra de libertad de Cuba, guerra grande y decisiva, y no guerra permanente y floja, apta sólo para mantener la intranquilidad del gobierno español. La guerra que Martí quería se halla perfilada en esta carta nobilísima de contenido y de inspiración, reveladora de su grandeza por la sinceridad que la anima y el fuego sagrado que revela. Habla de una guerra que debe ser honrosa, útil y lícita, es decir, una guerra de alta inspiración para lograr su única finalidad que la justifique — la libertad de un pueblo. No cree posible la reanudación de la guerra, y no cree en esos momentos probable su triunfo, porque no es posible lograr ahora lo que no se logró cuando pudo haber sido hecho. "No mere-

ce mos ser, ni hemos de ser tenidos por revolucionarios de oficio, por espíritus turbulentos y ciegos, por hombres empedernidos y vulgares, capaces de sacrificar vidas nobles al sostenimiento de un propósito —único honrado en Cuba— cuyo triunfo no es ahora probable.” Es decir: para él no había más propósito honrado en Cuba que el de la guerra; pero la guerra debía ser el esfuerzo organizado y victorioso por su pujanza, que se alzara a la altura de la necesidad de un pueblo que debía ser digno para alcanzar su libertad. Y ese pueblo —lo confiesa con tristeza— es, en estos momentos, indigno de sus últimos soldados. He aquí las luminosas palabras que confirman su pensamiento:

“Un puñado de hombres, empujado por un pueblo, logra lo que logró Bolívar; lo que con España, y el azar mediante, lograremos nosotros. Pero abandonados por un pueblo, un puñado de héroes puede llegar a parecer, a los ojos de los indiferentes y de los infames, un puñado de bandidos.”

Encarnación de la cubanidad

Durante catorce años, con la sola interrupción de la breve estancia en Caracas y los rápidos viajes a los países de Centroamérica y a México, puede decirse que Martí fué en los Estados Unidos no sólo el representante natural de los cubanos, sino la libre encarnación en el exilio de un pueblo sojuzgado. En lo político ostentó esta representación, que ningún título sino su sobresaliente personalidad le confería; pero también en lo literario y en lo social giraron a su alrededor las más variadas actividades de los compatriotas de New York, que vieron en él al guiador que sabía conducirlos por el camino que los llevaba a sentirse orgullosos de sus cuidados. Si un artista de Cuba pasa por la gran ciudad es casi obligado que Martí reúna a su alrededor un grupo que festeje su presencia para darle testimonio de que allí están sus compatriotas que saben admirarlo como cosa propia de la patria. Si un político, aunque no comparta su propia ideología, toca en New York, aun camino de España en representación que Martí juzga equivocada, irá a su encuentro y será su mejor guía durante su estancia. Quieren sus compatriotas de Santiago comprar la casa en que nació Heredia, y es a Martí a quien se dirigen, y es él quien organiza la velada llena de fervor cubano, en la

que pronuncia su gran discurso sobre el cantor de la libertad de nuestra tierra. Un ciclón causa estragos en nuestra Isla, y Martí participará en los actos de socorro, aunque sabrá aprovechar la oportunidad para dar salida al pensamiento político que sin cesar está presente en él, y que da sentido a estas palabras: "No hay que temer sino que bendecir los huracanes, porque después de ellos queda la tierra renovada y pura." Si un poeta amigo de la infancia quiere hallar trabajo en New York, le escribe a Martí. Si un escritor como Varona pretende publicar allá uno de sus libros, a él se dirige, ¿Y quién, si no Martí, sale a la defensa de Cuba y de los cubanos cuando los ataca despiadadamente *The Manufacturer* de Fidadelfia, y se suma a la injuriosa y gratuita acometida *The Evening Post* de New York? "Vindicación de Cuba" es el título que pone a su respuesta, en la que hace de su patria y de sus compatriotas el más firme y elevado enjuiciamiento. Le llegan entonces voces de aplauso. Y comenta: "No fuí yo, sino mi tierra, que llevamos todos en el corazón, quien escribió la respuesta a la injuria."

Habría que recordar también su campaña de ternura como maestro en la sociedad de instrucción "La Liga", que ayuda a fundar, y en la que cada noche, después de terminar sus clases en la escuela pública nocturna, lo espera un grupo de obreros ansiosos de oírle sus lecciones enciclopédicas, como las llaman, porque en ellas Martí habla de todo cuanto se le pregunta y lo hace de modo abarcador y profundo, llevando además bálsamo a los corazones heridos por las injusticias sociales y tranquilidad a los espíritus conturbados. Todo lo explica con ternura y comprensión y los que con él aprenden, a los que llama verdaderos caballeros de "La Liga", logran mucho más que conocimientos: adquieren el dominio de sí mismos, imprescindible para la tarea difícil de ser verdaderos hombres.

Por derecho natural es el representante de los cubanos: guía, aconseja, ayuda. Allí se olvida, para ser útil, de que muchos no tienen sus mismas ideas, de que muchos son sus contrarios. Pero la solicitud con que sirve sin descansar va bien con esa grandeza de espíritu que todos le adivinan y que es el mejor tesoro con que ha de atraer los corazones.

Y no sólo es principal actor cuando de homenajes a Cuba y a los cubanos se trata: lo será también para exaltar a las naciones de nuestra América y a sus hombres más gloriosos. Recordemos las numerosas veladas en que, presidiendo la Sociedad Literaria Hispano-Ame-

ricana rindió, por su palabra imperecedera, los homenajes a México, Venezuela, Centroamérica, San Martín. Y aquella memorable oración pronunciada ante los delegados de las Repúblicas americanas en la Conferencia de 1889, en que reivindica con acentos homéricos el gran esfuerzo con que, guiada por su instinto, América se levantó a pelear y a vencer para dar al mundo un continente libre — el que llamó continente de la esperanza humana. Y recordemos el homenaje a Bolívar, que le hace pronunciar este desesperado llamamiento a la dignidad propia: “Quien tenga patria, que la honre, y quien no tenga patria, que la conquiste; esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar.” ¿Y no es también un poco el representante de todos los hombres de nuestros países americanos que le han comprendido la grandeza y lo quieren como propio? ¿Qué otra explicación tiene que el Uruguay lo haya designado su representante consular, y lo mismo hayan hecho la Argentina y el Paraguay? Sin olvidar su fecunda presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, desde la que mantiene vivo el espíritu de acercamiento y solidaridad de los países y hombres americanos, y sin olvidar tampoco que durante diez años es el corresponsal del gran periódico *La Nación* de Buenos Aires, desde el que ofrece a toda América un ininterrumpido y animado comentario sobre los más trascendentales acontecimientos en los Estados Unidos, y una pintura magistral de animación y colorido de una de las décadas fundamentales en el proceso de creación del gran pueblo que pugnaba por salir a formas y realizaciones grandiosas.

Guía y sostén de la patria

En lo político puede decirse que Martí es el centro de la cubanidad en aquella tierra fría que le da albergue.

Las glorias de Cuba no tendrán mantenedor más fervoroso e incansable. Por años sucesivos no faltará su ofrenda cada 10 de octubre en el altar de la patria. Y es él quien suscribe la invitación en cada oportunidad, y su discurso en cada una de esas memorables veladas será un himno a las glorias pasadas y un llamamiento a las fuerzas nuevas que junto a los hombres de la década gloriosa han de formar en el nuevo ejército de la libertad.

Cada discurso es una revelación de su poderoso don persuasivo, de su inagotable fe en los destinos de la patria. Y será, también, la llamada a todos los corazones, mostrándoles el triste espectáculo que allá a lo lejos se contempla de un pueblo digno de ser libre, que espera ansioso la hora de su redención. ¿Quién no ha sentido el estremecimiento de lo grandioso leyendo esos discursos inflamados y balsámicos a la vez, en que la voz caudalosa de Martí, como los huracanes de que él habló, purificaba los espíritus?

¿Y qué eran estos actos, y todos los demás en que toma parte una y otra vez, sino el modo eficaz que puso en práctica de juntar y mantener unidos a cuantos de un modo u otro habrían de participar en sus futuros designios? Nadie debía sentirse olvidado o desconocido en esa llamada constante que Cuba hacía a sus hijos. ¡Con qué derroche de impresionantes acentos llama a los corazones para que sientan el deber y acudan a cumplirlo cuando llegue el momento de la necesidad! Así, con su obra incesante, acostumbró a los cubanos a pensar en la necesidad de ser libres y en que esta libertad no podría adquirirse por otros medios que por el esfuerzo propio. Porque la libertad habría que comprarla y no deberla como un servicio. Y para él sólo había un precio: el de la guerra. Pero esa guerra tenía que ser también digna de su objeto. Por eso no cayó en precipitaciones ni en desesperanzas: marcó un ritmo, y ese ritmo fué cumpliéndose sin fallar una sola vez, ni aun allí donde se pensó que había fallado.

*

* *

Como a guía natural se llegan a él cuantos alimentan un proyecto para llevar a Cuba la independencia. Martí no ha dejado un solo instante de meditar y trabajar por las cosas de Cuba, sin caer en camarillas de guerra ni en jefaturas espontáneas. Sólo ha procurado llevar todos los pensamientos y todas las voluntades hacia "un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable".

En 1882 aparece un nuevo intento. Flor Crombet lo visita con ánimos renovados para la empresa siempre suspirada. Y poco después, y con cartas de Martí, parte rumbo a Gómez y Maceo, las dos figuras máximas de la contienda grande. Es ésta la primera vez

que Martí le escribe a Gómez, quien acaso ignore hasta su nombre, para hablarle de los nuevos proyectos. Su carta deja ver la índole de sus trabajos, encaminados principalmente a acercar y dar organización a los elementos de mayor importancia y a la vez a contener las impaciencias bulliciosas y perjudiciales. Y comenta así su empeño: "Porque usted sabe, general, que mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes. Y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla." ¿Y cuál es la razón para que Martí se dirija a Gómez y a Maceo, con emisario de tanta calidad como Flor Crombet? Martí cree que se está ya en la hora en que Cuba comprende la incapacidad de una política conciliadora y la necesidad de una revolución violenta. No se trata de obrar precipitadamente. Pero hay que dar fe de existencia y estar en pie para recibir al país, que ya sabe que no hay solución sino fuera de España. "Pero si no está en pie, elocuente y erguido, moderado, profundo, un partido revolucionario que inspire por la modestia de sus hombres, y la sensatez de sus propósitos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país — ¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces? ¿Cómo evitar que se vayan tras ellos todos los aficionados a una libertad cómoda, que creen que con esa solución salvan a la par su fortuna y su conciencia? Ese es el riesgo grave. Por eso es llegada la hora de ponernos en pie."

Esta impaciencia de estar en forma para cuando llegue el instante decisivo, lo acosará sin cesar. Pero mucho más lo acosará la preocupación de que se emprendan trabajos enteramente distintos de los que a su juicio son indispensables para que Cuba acepte con confianza y júbilo la guerra que necesita y demanda, y ésta es la razón de su discrepancia con Gómez, surgida en 1884. Un año entero vive en "tristísimo silencio", cuando precisamente se creía más necesario a la obra de hacer y de crear. Pero su mismo amor a Cuba le manda recogerse en sí para no impedir con su acción planes que no comparte. Aún le llegan rumores de comentarios que le son adversos y en una hoja, que corre de mano en mano, cita a sus compatriotas, que son sus dueños, para que le pidan cuenta de sus actos, aun de los más personales, porque "todo hombre está obligado a honrar con su conducta privada, tanto como con la pública, a su patria". Y he aquí este comentario que le sale del alma: "¡qué tristeza, qué tristeza mortal, de la que nunca podré ya reponerme!"

La firmeza de sus ideas está a la altura de su prudencia. Y ambas han de darle la razón. Su autoridad aumenta, lejos de menoscabarse. El propio Gómez, que juzga con dureza a Martí en el momento en que recibe su carta de disensión, va a ser, decursando el tiempo, el mejor aliado de los planes de Martí, porque comprende que la organización es obra de tiempo y de cuidado, y que a él y a sus hombres de pelea les está reservado un papel propio y adecuado: hallarse en disposición para cuando se acerque la hora de las armas.

Américo Lugo, el dominicano insigne a quien debemos la primera antología martiana publicada en París, en 1910, nos ha hecho el honor de escribir para *Archivo José Martí* unas bellísimas páginas reviviendo sus impresiones cuando le conoció y trató en Montecristi. En ellas hallamos una observación muy justa sobre el cambio que produce en Gómez aquel choque entre dos almas, entre lo real y lo ideal, entre lo material y lo espiritual. "Entonces las almas no se juntaron —dice—; pero la de Gómez quedó resentida y quebrantada. La fuerza espiritual —agrega Américo Lugo—, por leve que sea, intangible como el aura, invisible como el aroma de la flor, triunfa siempre de toda fuerza material." Y nada menos que una radical transformación del caudillo en sincero amador de los principios democráticos, significó a su juicio la lección de aquel rompimiento.

Guerra de salvación

Ha sido firme su creencia de que la guerra no ha de ser impuesta, sino deseada y aceptada con confianza por el país que la necesita. Todo acto de violencia, aun para conceder la libertad, vicia la misma libertad que ofrece. Sin el respeto a la voluntad del país no hay grandeza verdadera, aun cuando se quiera servirlo.

La guerra que preveía era de largo alcance, guerra que iluminaba el mismo porvenir, guerra creadora de donde saldría la república futura. Guerra no para desolar, "sino para fundar; para encender, sino para redimir; para excluir, sino para incluir; para aterrar, sino para 'juntar'". Esta era la guerra concebida por los que veían por hoy para mañana, por los que ven lo que está debajo y oyen lo que no se dice —la guerra de "los que no tienen en su sangre generosa espacio para el odio"—, la guerra de José Martí.

Y tal concepción suya obedece a dos fundamentales inspiraciones: al respeto invencible a la voluntad no sólo del pueblo sino aun de cada una de las personas que en particular lo constituyen, y a la convicción que le asiste de que "en la hora de la victoria sólo fructifican las semillas que se siembran en la hora de la guerra".

Y porque él quería una guerra en la que no fructificaran otras semillas que las del amor y el respeto a los cubanos, condenó todo intento de guerra basado en métodos violentos y tiránicos.

Antes de que cobre existencia la guerra, ha de existir, "trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria". Y a crear ese espíritu se consagró por entero, con desprendimiento nunca superado, con apostólica mansedumbre, con "fatal abundancia de corazón".

*

* *

Hemos recorrido las etapas de su adelantar incesante hacia la cumbre de su destino. Y percibimos cómo va precisando más y más en el modo como sirve y han de servir todos a la patria, que considera razón primera de su vida. Llega un instante en que dice: "Todo lo haré, todo lo noble haré sobre la tierra, para crear en mi país un pueblo de hombres, por salvar a mis compatriotas del peligro de no serlo. Y no quisiera para ellos guerras fanáticas ni libertades nominales. Yo no quisiera que se asentasen sobre rencores."

Y dando grandioso remate a sus meditaciones, hallamos estas palabras que dejan ver con claridad cuán seguro estaba del camino elegido y de la potencia guiadora que en sí llevaba: "Quien confunda con la gran política necesaria para la fundación de un pueblo, una política de tienda de campaña o de antesala, ése no entra en la medida de los salvadores."

El elegido oye la voz de su misión

Con tal suma de sacrificios, previsiones y entusiasmos, ofrenda de toda una vida a la idea de servir a la patria, llega el instante en que lo invade el presentimiento de que van a cuajar en molde adecuado y sólido, todos los esfuerzos pasados y futuros. Siente como un

gran deseo de desasirse de todas las amarras que puedan entorpecerle los movimientos en la faena que se avecina. Renuncia a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, renuncia sus consulados, suspende sus correspondencias a *La Nación* y a los otros periódicos de América que han querido honrarse con sus escritos. Parece como si una voz le hubiera avisado la proximidad del momento por tanto tiempo esperado. ¿De dónde viene esa voz? ¿Es acaso la voz de Cuba que le llega por sobre el mar y le trae resonancias que le avisan que el momento del predestinado está próximo? ¿O es su misma impaciencia que ya no le deja vivir y le manda acometer, con total entrega de su vida, la empresa a que ha venido destinada? Es como una iluminación de relámpagos que se suceden y que alumbran de pronto las nuevas vías.

Así vemos cómo se suceden y encadenan los acontecimientos. Y todas las circunstancias, favorables o adversas, van a producir ese ritmo acelerado con que se organiza en la realidad todo lo que el pensamiento ha venido elaborando por largos años.

Recordemos que ya en 1882, en su primera carta al general Gómez, le hablaba de la necesidad de un partido revolucionario que pudiera recibir en pie las ansias de libertad del país en el instante mismo en que sintiera la necesidad de buscar por esa vía el remedio de todos sus males. Una década dura la espera; pero no ha sido inútil la obra realizada. Se ha logrado una compenetración que antes nunca había existido; se han alcanzado muchas precisiones sobre la manera segura y única en que será posible realizar el esfuerzo vencedor; se ha desenvuelto, sobre todo, la etapa completa de la revelación de Martí como el ser absolutamente destinado a poner en camino de realización la idea de la libertad de Cuba. Sin esa prueba larga de su diaria entrega a su misión, no se le hubiera visto, como le vieron todos, aun los poquísimos que le combatían, que era la encarnación misma de la idea de la patria. El apóstol realiza su prueba antes de cumplir su misión, porque sólo entonces es verdaderamente apostólica.

Obra en marcha

En 1892 Martí realiza su sueño de fundar el Partido Revolucionario Cubano. Recordemos a grandes pasos esos acontecimientos. Era el 25 de noviembre de 1891 cuando Martí ponía por primera vez sus

plantas en la cubanísima Tampa, donde un grupo de emigrados, comidos de ansiedades patrias, quería revivir los adormecidos entusiasmos. Para eso habían invitado a Martí, que era, y así lo creyeron ellos, la misma representación de esa entidad espiritual que tan profundamente llevaban en sus corazones de desterrados. Martí no les defrauda: Martí nunca defraudó porque tuvo siempre para dar más de lo que nadie pudo esperar de un hombre extraordinario. Por el contrario, sus dos discursos, "Con todos y para todos" y los "Pinos nuevos", son repiques de entusiasmo que se desbordan por toda la cubanidad de Tampa, que cree vivir bajo un sol esplendoroso de libertad, como si se hubieran deshecho las nieblas tristes del exilio. Son días grandiosamente épicos, recordados por él en la más emocionante y luminosa evocación, que fué su oración pronunciada meses después en Hardman Hall. En cuatro días que contó su estancia entró el cielo de los cubanos en la plenitud solar. Todo apareció maravillosamente iluminado. Y cuando él se fué, los labios no pronunciaron otro nombre ni los corazones sintieron otra devoción, que la de Martí. Fué así como un obrero ejemplar de Cayo Hueso, a la sazón en Tampa, cuyo nombre debemos pronunciar con gratitud y emoción, Angel Peláez, que había seguido los pasos del Maestro en esos cuatro días de vida al sol de la patria, quiso que sus compañeros del Cayo tuvieran también la oportunidad de sentir en sus almas el baño de luz de la presencia de Martí. Y con unos pocos compañeros de trabajo a los que pudo transmitir el entusiasmo de su fe, venciendo la incredulidad y aun la befa de los que negaron sus fáciles recursos, pudo alzar, a fuerza de votos de pobreza, la imprescindible cantidad que el viaje y estancia de Martí requerían.

Finaliza diciembre. Llega enfermo el 25, y el 3 de enero es la resurrección para realizar, en otros cuatro días, toda la obra grandiosa de dar base y fundamento al Partido Revolucionario Cubano, la empresa por tanto tiempo deseada que era el pórtico por donde iban a cruzar, triunfales, los derechos de Cuba, camino de su liberación. Y allí, en las bases que deja escritas de su mano, está el compendio de la obra de toda su vida: crear y ordenar "una guerra generosa y breve encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla" fundando "un pueblo nuevo y de sincera democracia".

Así se abren los horizontes de los que llamó tiempos grandes. El freno y la caldera estaban en su mano. Guió, quitó obstáculos de la vía, supo desviar a tiempo las intrigas y previó con seguridad.

Salieron los impacientes que son a veces más peligrosos que los mismos tibios, porque los acomete un afán de prioridad que puede echarlo todo a tierra. Pero como en sus manos estaban todos los hilos, no se deshizo la madeja, que era lo que importaba. Aun el fallo grande, el llamado Fracaso de Fernandina, tiene una virtud superior al mismo daño sufrido: reveló la magnitud del empeño y dió fe ante los incrédulos y firmeza a los que hubieran vacilado.

Comienzan los trabajos de asegurar la colaboración de las grandes figuras de las guerras pasadas y de los hombres que en Cuba pueden acometer los preparativos para la hora oportuna. Y junto a esa obra, que ha de hacerse y se hace en silencio y con éxitos ininterrumpidos, la otra empresa visible de propagar el espíritu y los métodos de la revolución. A todo se consagra por entero durante los tres años que transcurren desde esos primeros días de enero de 1892 hasta el mismo instante en que cae en Dos Ríos, conturbado por el pensamiento de que quiera desconocerse el espíritu de la obra que ha realizado.

La guerra, solución única que había previsto desde su niñez, está en marcha. Pero la responsabilidad de una guerra debió pesarle mucho en el pecho. Su amigo Federico Edelmán y Pintó, a quien tuvo la fortuna de escuchar muchas veces sus evocaciones de Martí, me contó que en cierta ocasión en que Martí había dormido en su misma casa y sus camas estaban próximas en la misma habitación, le impresionó la frecuencia con que lanzaba unos profundos suspiros que eran como lamentos. Pensando que el Maestro pudiera sentirse mal, le interrogó:

—No es nada, cosas de Cuba, le contestó. Agregando: pienso en la guerra, en las madres que se quedarán sin sus hijos...

El espíritu de la nueva guerra

Hemos insinuado que Martí había creado, a lo largo de su obra evangélica de acercamiento y sentido de la necesidad de la guerra, una mística de esa misma guerra. No basta que la guerra sea necesaria y justa. La guerra necesita asentarse más que en ideas de necesi-

dad, en bases espirituales. Porque una guerra puede vencer si es bastante fuerte, aunque no haya arraigado en el corazón del pueblo. Pero la guerra para el pueblo y por el pueblo que Martí concebía, la guerra "para el decoro y bien de todos los cubanos" debía tener asiento, antes que en las armas para la contienda, en los corazones de sus compatriotas.

Nunca, antes de Martí, se había hablado de un espíritu de la guerra.

Martí nos habla una y otra vez de ese espíritu sin el cual no podría realizarse la unidad del esfuerzo. El dice a sus discípulos, a sus amigos: "No recojan dinero para cosas no estrictamente necesarias. Recojan almas." Aquí está bien precisada la tarea de toda su vida. Y cuando había cruzado el pórtico de su gran destino, y halló que quería desconocerse el espíritu que él había sembrado, escribe estas palabras: "Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella."

La vida y la obra de Martí llevan en sí un penetrante sentido de religiosidad, emanado del fervor con que siente y cumple su misión. Nos penetramos pronto, en contacto con aquel tránsito, de que hay un propósito creciente de renunciamento a todo cuanto no sea imprescindible para llevar a término la obra que ha echado sobre sus hombros. Y cada día es mayor su desasimiento de todos los bienes materiales que pudo apetecer: su única apetencia es que resplandezca su vida, que no la pueda manchar ningún deseo impuro, ninguna ambición por humana que sea. Aspira a la pureza del niño. Las manos que han de forjar la república han de estar limpias y el corazón sólo deberá alentar anhelos de justicia y de amor.

Ese profundo sentimiento de religiosidad trasciende desde las páginas de su *Presidio político* y llega hasta sus últimos escritos. Es la religiosidad que impone una obra de inspiración casi divina, como la de libertar a un pueblo; es la religiosidad del hombre que es creador de fuerzas espirituales, a punto de trazar un evangelio de vida armoniosa entre los hombres y de concebir una guerra en la que no sea posible el odio. La patria es esa suprema divinidad que le inspira, la patria es el ara de su renunciamento y de sus sacrificios. Y un hombre que alienta en sí esa inspiración que ha de darle las fuerzas necesarias para cambiar los destinos de un pueblo, ha de estar pervadido de un fervor místico de donde emane la fuerza evangélica capaz de realizar milagros que inspiren la fe de los demás hombres.

La vida no será para él mero transcurso a través de un camino de cotidianas contingencias. Será un ascender por la escala del conocimiento de lo verdadero y por la escala de la perfección del ser, para llegar al punto en que se había dado cita con su destino, allí donde lo esperaba la patria a la que habría de libertar de sus cadenas.

Hay en esta vida, que va ascendiendo sin cesar por el camino de un rayo de luz, una convicción profunda de la misión humana. No es un mero capricho el que le empuja a la entrega total por una causa que abraza desde sus primeros años. Siente depositada en su ser una alta misión que realizar y para cumplirla vive. Pero cree, además, que toda vida que deserta de su misión está condenada al suplicio de vivirla de nuevo. Luego para él es una fuerza que lo empuja esa de creer que el tránsito humano es sólo un recorrido que hacemos acatando aquel impulso que es como la misión intransferible. Y si nos olvidamos de esa misión, si la desatendemos en vez de entregarnos a ella por entero, y cruzamos la vida atentos a la perentoriedad circunstancial, hemos no sólo desertado del gran deber, sino que otra vez habremos de recorrer ese áspero camino, hasta dejar cumplido el deber que no supimos realizar a tiempo.

En cambio, qué plenitud en el espíritu cuando hemos hecho nuestra obra y sabemos que ha sido útil y hermosa para los hombres.

¿Y qué obra hay de tanta hermosura como devolver a los hombres su libertad natural?

Por eso, el día más feliz de José Martí fué aquel en que, contemplando alrededor los hombres dispuestos a realizar esa gran misión que él había traído a florecer bajo el propio cielo patrio, cerró un momento los ojos y sintió brotarle del corazón estos pensamientos:

"Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio."

MENSAJE

Al inicio de esta lectura dije a ustedes cómo el sufrimiento de las canteras reveló a Martí no sólo la grandeza de su propia alma, sino su misión redentora. En ese sitio comienza la etapa final de nuestra liberación, porque allí oyó Martí la voz indeclinable que le

guió toda su vida, hasta volver a Cuba para arrancarla de la esclavitud, lográndolo al precio de su misma entrega a la muerte.

En ese lugar no existe una señal cualquiera indicadora de que allí llegaban cada día, entre las sombras de la madrugada, andando el camino de más de una legua, arriados por los palos de los guardas y arrastrando los hierros remachados a los pies, docenas de hombres, niños y ancianos en buena parte, para trabajar hasta la puesta del sol, entre la cal y las piedras, cegados por la luz implacable, subiendo las empinadas cuestas con la carga al hombro, sin reposo para la fatiga, y el látigo cruzando las espaldas! Y el delito máximo de aquellos hombres era querer la libertad de su patria. ¡Cómo se encendió allí la potencia libertadora en el espíritu de José Martí!

Muchas veces se ha esbozado el propósito de levantar en ese sitio unas cuantas piedras que indicaran a los cubanos uno de los lugares donde con mayor firmeza se forjó la redención de nuestra patria. Recuerdo que el ferviente conocedor de la vida y la obra de Martí, doctor Federico Castañeda, no sólo tuvo hace años el anhelo de perpetuar en las canteras de San Lázaro el recuerdo de quien las inmortalizó en su poema inigualable del dolor cubano, sino que logró que se fijara concretamente el lugar en que ese monumento debía ser emplazado. Gonzalo de Quesada y Miranda concretó después, en un artículo publicado en la revista *Carteles*, el pensamiento de colocar una tarja conmemorativa "no solamente para marcar la primera estación de su Gólgota, sino para rendirles también homenaje de piadoso recuerdo a los compañeros del Apóstol de nuestras libertades". Posteriormente el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, a quien tanto debe la investigación martiana, insistió en la conveniencia de convertir el lugar en reliquia histórica patriótica, como parte de un pequeño parque que allí se construyese. Y, finalmente, el doctor Sosa de Quesada acaba de hacer emocionada referencia a las canteras en su conferencia "Reliquias martianas", como sitio adecuado para un "rincón martiano".

Quiero recoger aquí esta tarde una idea que ha sido, pues, de todos los martianos, y proponer a los señores que integran la comisión del Fondo Cubano-Americano de Socorros a los Aliados, a su Presidente doctor Cosme de la Torriente y a los compañeros que participan en este ciclo, a la Directiva del Lyceum Lawton Tennis Club, que simboliza el éxito de todos los buenos entusiasmos, a la Academia de la Historia, en la persona de su Presidente el doctor

Emeterio S. Santovenia, que a más de gran historiador y gran biógrafo, es el hombre que más y con mayor silencio y eficacia ha servido en estos momentos a la cultura cubana, y a todos los que sienten la necesidad de empresas desinteresadas como ésta, que hagamos el firme propósito de señalar debidamente al pueblo de Cuba ese sitio, único a mi modo de ver, de la cubanidad. Y que realicemos un esfuerzo para poner allí, con propósito de veneración, unas cuantas piedras extraídas de esas mismas canteras, coronadas con los símbolos que Martí quiso para su tumba.

En una carta apenas conocida en Cuba, Martí dijo: "Y yo quisiera merecer para la tumba mía... la bandera de mi estrella solitaria... y rotas al pie del asta enhiesta las cadenas coloniales, tan infamantes y aborrecidas."

Ya tiene Martí en su tumba el ramo de flores y la bandera que pidió en sus versos. En el lugar de su suplicio que le llevó a la rendición de los cubanos, bien estará la bandera ondeando en el asta enhiesta, sobre las rotas cadenas coloniales...

FÉLIX LIZASO,
La Habana.